

Historia de la Iglesia en México



Lección 3
Los colonizadores mormones en Chihuahua y Sonora

Historia de la Iglesia en México

Lección III

Estimados Hermanos:

Hemos aprobado la enseñanza de éstas lecciones sobre la Historia de la Iglesia en nuestro país con el propósito de fortalecer el testimonio de los santos en México y para el beneficio de las futuras generaciones.

Esta lección sobre historia es la tercera de una serie de lecciones que se impartirán durante los próximos años.

La historia brinda grandes oportunidades de aprender sobre aquellas experiencias que forjaron el carácter y la determinación de los primeros santos en épocas difíciles. Al estudiar y conocer los hechos y a las personas que los protagonizaron, podremos descubrir de manera personal, nuestro lugar y nuestro papel en la historia que hoy día a día se sigue escribiendo.

Sus hermanos,
La Presidencia del Área México



Vista actual de Academia Juárez.
Fotografía: cortesía de Armando Ceballos Morales.

Índice

- I.- Los colonizadores mormones en Chihuahua y Sonora
- II.- Anthony Woodward Ivins
- III.- Escrituras y citas complementarias

Instrucciones:

La **lección No. 1** de esta serie de la historia de la Iglesia en México se refiere a la primera traducción al español del Libro de Mormón y de cómo algunas selecciones del mismo llegaron a México a lomo de caballo y mula. La **lección No. 2**, estudia la expedición del apóstol Moses Thatcher al área central de México en 1879. En la **lección No. 3** estudiaremos el establecimiento de colonias mormonas en el norte de nuestro país. Aprenderemos cómo El Señor preparó un semillero de valiosos hombres y mujeres que a lo largo del tiempo ha producido cientos y cientos de misioneros y provisto de grandes líderes a la Iglesia.

- 1.- Dado que el tiempo de la lección es corto, dé prioridad al estudio en clase del punto I (Los colonizadores mormones en Chihuahua y Sonora). De los materiales presentados, los maestros pueden escoger secciones apropiadas para destacarlas.
- 2.- Para obtener mejores resultados en el aprendizaje de la clase, imprima un juego completo de ésta lección para distribuirlo a los miembros de la clase (se sugiere uno por familia). De éste modo podrán participar siguiendo la lectura al mismo tiempo que el maestro.
- 3.- Sugerimos a los maestros que inviten a los miembros a buscar el contenido completo de esta lección y de las lecciones 1 y 2 que se impartieron en el 2012 en la página web de Historia de la Iglesia, para estudiarlo en las noches de hogar y otras actividades en la siguiente liga:

http://www.lds.org/pages/mexico_church_history/landing_page?lang=spa&country=mx



1.- Los colonizadores mormones en Chihuahua y Sonora



Estatua de bronce de Benito Juárez en Plaza de las Américas, Chicago EUA. Las reformas liberales de Juárez (La Reforma) permitió que misioneros SUD entraran a México en 1875. Fotografía cortesía de Wally Gobetz y Creative Commons.

Por F. Lamond Tullis.
Misionero

El gran reformador liberal Benito Juárez dejó un importante legado a los Santos de los Últimos Días, y gracias a esto fue posible que los primeros misioneros vinieran a México. En 1875 con el país gestando leyes que promovían la libertad religiosa, misioneros SUD partieron a caballo desde el Territorio de Utah con mil quinientas copias de Trozos Selectos del Libro de Mormón, entregando en 1876 algunas en Chihuahua y, por correo, enviando unas quinientas a hombres prominentes en todo el país, incluso al centro de México. Uno de los recipientes, Plotino Constantino Rhodakanáty, mediante una serie de cartas a Salt Lake City, exigió a las autoridades de la Iglesia que enviaran misioneros al centro de México, lo cual hicieron en 1879. En la Ciudad de México se bautizaron unos miembros de la Iglesia y poco a poco se formaron ramas de la Iglesia aquí y en los alrededores.

Este crecimiento fue una bendición para la Iglesia. Con un posicionamiento en el centro de México y la experiencia y el conocimiento ya adquiridos en Utah para estar a salvo, en 1885 cientos de mormones provenientes de sus poblados en los territorios de Utah y Arizona empezaron a emigrar hacia México. A mediados de mayo, casi cuatrocientos hombres, mujeres, y niños esperaron en la rivera del Río Casas Grandes, Chihuahua, con la esperanza de que las autoridades de la Iglesia pronto pudieran comprar tierras para poder establecerse. Estaban huyendo de la persecución del gobierno de los EUA.

Con los vagones de las carretas como casas, los meses transcurrían sin tierra para sembrar y sin ingreso alguno. Con el paso del tiempo, la mayoría de los colonizadores gastaron su dinero y fueron reducidos a la más humillante pobreza. Muchos de ellos en lugar de zapatos usaban sandalias hechas de cuero sin curtir. A veces la enfermedad y los ánimos enardecidos consumían el campamento; sólo había alivio cuando se les recordaba el elevado propósito por el que se estaban sacrificando. Aun así, “con el paso de las estaciones, la esperanza se convirtió en resentimiento y la fe en desánimo”.

A pesar de todo, en la medida que las implacables semanas pasaban, los colonizadores seguían llegando mientras continuaban las tensas y frustrantes negociaciones.

Mientras que las autoridades mexicanas locales eran escépticas y desconfiaban de las intenciones de los mormones y en ocasiones no cooperaban cuando éstos llegaban a la frontera en carretas, ocasionándoles interminables demoras, el gobierno federal les extendía toda la ayuda y

protección razonables para ser consistente con su política de colonizar tierras disponibles y promover la inmigración de extranjeros aptos y calificados. Esto era la política del presidente Porfirio Díaz.

En el otoño de 1885, los líderes de la Iglesia finalmente aseguraron tierras, cerca de lo que ahora es la Colonia Juárez. (Después los colonizadores tuvieron que abandonarlas por conflictos que hubo con una hacienda vecina sobre un estudio topográfico). Tanto la Iglesia como los miembros compraron más tierras. A salvo de la policía estadounidense y protegidos por las autoridades del gobierno mexicano federal, los santos se recuperaron de su éxodo más reciente y empezaron otra vez a echar raíces. Para 1912, ya más de cuatro mil personas se habían establecido en las nueve colonias que habían fundado.

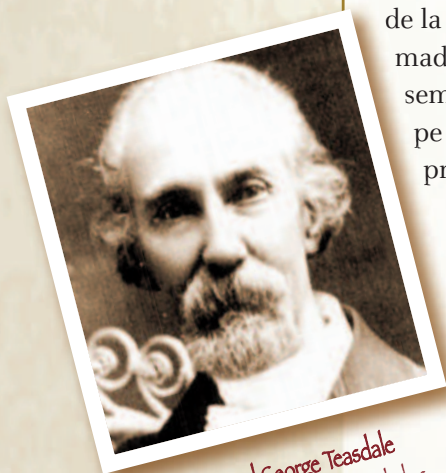
Ya con la irrigación (algunos proyectos siguieron un canal hecho por los antiguos habitantes de Casas Grandes), los cultivos e industrias afines florecieron en las colonias de Juárez, Dublán y Díaz ubicadas en la planicie. Cave Valley, Pacheco, García y Chuichupa, que eran colonias de la montaña, estaban todas situadas en áreas madereras de pino y roble. Las praderas de la montaña eran excelentes para pastoreo y pronto las industrias de la madera y el ganado se desarrollaron juntas. Por su parte, las colonias semitropicales sonorenses de Oaxaca y Morelos, situadas en el Río Bavispe (un afluente del Río Yaqui que desembocaba en el Océano Pacífico), produjeron valiosos productos.

La auto postulación de algunas de las familias más capaces de la Iglesia para participar en esta colonización aseguró que estas comunidades llegaran a ser organizadas, resueltas y sólidas. De hecho, entre 1885 y 1895 seis de los doce apóstoles de la Iglesia vivían en las colonias, la mayoría en la Juárez. No es de extrañar que en las generaciones siguientes, las colonias produjeran un número sorprendente de líderes que llegaron a ser autoridades generales de la Iglesia o en otros llamamientos hicieran esfuerzos vastos que bendijeran la obra misional a lo largo de México y el resto de América Latina.

Los colonizadores recibieron grandes recompensas, especialmente en relación con la vida familiar. Los santos veían la familia no sólo como útil conveniente y práctica, sino esencialmente sagrada, un elemento necesario en su percepción del plan divino. Considera-



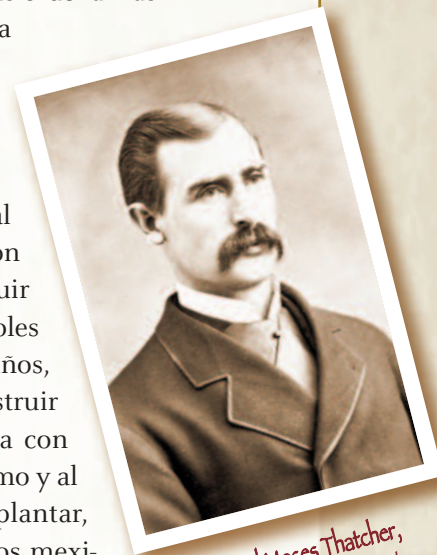
Las colonias SUD en Chihuahua y Sonora antes de la Revolución. Fotografía cortesía de thelandofrefuge.com



El apóstol George Teasdale fue el líder del campamento de los santos mientras trataban de establecerse en Chihuahua en 1885. Fotografía cortesía del Centro de Estudios Religiosos de BYU.

ban que las familias tenían el potencial de ser eternas, pero la única manera de asegurar esa permanencia era participando de las ordenanzas y convenios en el templo y después llevar una vida familiar apropiada. Por lo tanto, muchos padres lucharon incansablemente para mantener a sus familias unidas e intactas.

La frontera forzó a los santos a consagrarse al trabajo en su vida diaria, por lo que desarrollaron una ética laboral prodigiosa. Tuvieron que construir casas, instalar sistemas de irrigación, plantar árboles frutales con la esperanza de cosechar en cinco años, planear ciudades, organizar y operar escuelas, construir capillas, establecer aserraderos, producir energía con agua, atender asuntos espirituales, cuidar al enfermo y al descalzo y enterrar a sus muertos. Debían plantar, cosechar, almacenar y desarrollar comercio con los mexicanos; construir molinos, curtidurías, plantas procesadoras de comida, talabarterías, herrerías y tiendas. La comunidad lo era todo para todos, sin ella no podrían sobrevivir. Con ella, los santos y sus familias tenían la posibilidad de hacerlo. El alto grado de educación y habilidades técnicas que tenían los colonizadores les era de gran ayuda. Entre los que huyeron a México había granjeros, horticultores, hombres de negocios, maestros y médicos, todos ellos con mucha experiencia. También había aficionados al estudio, la poesía y la música.



Apóstol Moses Thatcher, quien en 1879 comenzó la obra misional en la Ciudad de México, ayudó a colonos mormones emigrantes a encontrar terrenos en Chihuahua en 1885. Fotografía cortesía de los archivos de la Iglesia



El presidente Porfirio Díaz siempre le dio la bienvenida a los santos de Utah y Arizona a México. Pensaba que su presencia beneficiaría económicamente al país. Fotografía cortesía de www.latinamericanstudies.org

Para 1892, los pioneros de la Colonia Juárez habían construido una fábrica donde enlataban su abundante cosecha de huertas y jitomates. Un año más tarde esa fábrica producía diez mil latas de fruta. Hacia el final del siglo los colonizadores incluso entraron al comercio de comida de la Ciudad de México, lo que agradó grandemente a Porfirio Díaz quien, con esto, pensó que los mormones le daban suficientes evidencias para silenciar a sus críticos, pues ¿qué más quería México, aparte de que este pueblo tan productivo y próspero lo colonizara?

En 1895 se organizó una estaca de la Iglesia, con su centro de la misma en la Colonia Juárez, se construyeron nuevas escuelas, además de una imponente academia, en su mayoría con los recursos económicos y estructurales de los mismos colonizadores.

En los primeros años de las colonias se observaron sólo dos grandes excepciones en el sistema de desarrollo económico y aislamiento

social que los santos angloamericanos se habían autoimpuesto. Una de ellas tenía que ver con los santos mexicanos que recibieron una invitación de colonizarse en Chihuahua cerca de la Colonia Juárez y el resto de los mormones. La otra excepción tenía que ver con un nuevo intento de llevar el Evangelio a los amerindios cercanos.

Tanto el esfuerzo de colonización como el trabajo renovado con los que los colonizadores llamaban lamanitas fueron completamente consistentes con las metas a largo plazo que tenía la Iglesia para México y toda Latinoamérica. Por lo tanto, cuando los pioneros del norte de México y sus familias tuvieron un mínimo de seguridad, empezaron otra vez a perseguir sus metas más nobles.

La colonización mexicana en el norte

En 1887, cuando todavía algunos de los mormones angloamericanos vivían en tiendas y otros en cuevas hechas a la orilla del Río Piedras Verdes, empezaron a llegar algunos de los santos mexicanos. Casi todos los inmigrantes de los territorios de Arizona y Utah estaban convencidos de que estos miembros mexicanos de la Iglesia debían congregarse también. El gobierno mexicano facilitaría a la administradora de fincas de la Iglesia (Colonization and Agricultural Company), la adquisición de tierra adicional y pagaría por algunos gastos para la reubicación de los santos mexicanos; mientras que los mormones ya establecidos darían ayuda organizacional y logística.

Helaman Pratt, el presidente de misión en el centro de México de 1884 a 1887 dijo: “Se han comprado terrenos, pastizales y madera suficientes para sostener a cientos del pueblo de Dios; que éste sea un lugar de recogimiento para los santos nativos, para que puedan ser liberados a través de los principios del Evangelio eterno, siendo uno de ellos precisamente el de recogimiento”.

Las autoridades mexicanas parecían complacidas acerca de esto. El subsecretario de colonización, Fernández Leal, prometió visitar la nueva colonia. Aparecieron en la prensa de la ciudad de México comentarios favorables sobre las colonias establecidas, tanto en español y francés como en inglés; el *Dos Repúblicas* publicó algo de esto, en un sustancial cambio en relación con su anterior postura anti mormona.



Hacia 1890: La casa de Orson Richins, Colonia Díaz.
Fotografía cortesía de orsonprattbrown.com

Mientras seguían invitando a los santos nativos a reunirse con ellos, los hermanos y hermanas del norte hacían arreglos para completar la compleja organización relacionada con su llegada. Los mormones de las colonias compraron para los miembros del centro de México cerca de cuatro mil ochocientas hectáreas de tierra (cultivable, pero que también incluían pastizales, combustible y madera suficiente para setenta y cinco familias). Es más, finalmente consiguieron las escrituras de veinte mil hectáreas de tierra cerca de Asunción, que tenían pendientes. Al mismo tiempo andaban atendiendo otros asuntos, pero ante todo, se estaban preparando para recibir en las colonias a la primera compañía de mormones del centro de México.

“Se espera que la primera reunión de santos nativos que provienen de la Ciudad de México sea a mediados de mayo”, decía un corresponsal en el diario Herald publicado en Salt Lake City el 24 de abril de 1887. Se esperaba que llegaran por tren a la estación de San José (con el pasaje pagado por el gobierno federal). Los hermanos los recogerían allí y los llevarían en carretas al lugar de reunión de los santos.

En lo inmediato no fue una colonización exitosa. Un par de razones se destacan: Fuesen las que fuesen sus condiciones de vida en México central, aquellas en el norte eran sin duda más severas. En 1887, los mormones angloamericanos todavía batallaban por su nueva vida en el territorio semi-árido; sus colonias eran recientes y todavía no prosperaban. Los primeros santos de los territorios de Utah y Arizona, habiéndose establecido en una tierra que más tarde se supo pertenecía a una hacienda, se vieron obligados a reubicarse en un valle rocoso y angosto.

En ese valle (ahora la Colonia Juárez), los santos mexicanos pudieron ver a muchos de sus hermanos que habían huido de Utah y Arizona viviendo en precarias carpas o tiendas y refugios subterráneos a lo largo del Río Piedras Verdes, y esto es lo que les esperaba a ellos también, por lo menos hasta que pudieran establecerse. No era un edén a donde habían llegado. No había mucho para animarse.

Había otro problema para los santos mexicanos y los angloamericanos tan severo como las condiciones hostiles. Era algo de lo que Helaman Pratt ya se había preocupado: las diferencias étnicas que dividían a los dos grupos de santos; esto es: diferencia de idiomas, costumbres ancestrales, lo que esperaban de la vida, placeres y alegrías. Aunque siendo miembros de la misma religión y teniendo las mejores intenciones, estas hendeduras no las fue fácil poner puentes.

Por fin la mayoría de los santos mexicanos se regresaron a sus hogares en el centro de México. Sin embargo, algunos se quedaron. A través de las generaciones



éstos produjeron fuertes santos para la obra misional a través de México. Además, lo que puede interpretarse como fracaso, les impresionó a los santos de Chihuahua y Sonora, cuando las condiciones les permitieran, a esforzarse más para sus hermanos en la fe, cosa que les pudo hacer a partir de 1901 cuando nuevamente la Iglesia hizo una presencia institucional en el centro de México, sujeto de la lección #4 por venir en esta serie sobre la historia de la Iglesia en México.

Proselitismo entre los lamanitas

La segunda excepción del modelo que los colonizadores angloamericanos tenían en cuanto al desarrollo económico y aislamiento cultural y social ocurrió también en 1887. En noviembre, las autoridades de la Iglesia le pidieron a Charles Edmund Richardson de la Colonia Díaz y a otros tres (Ammon M. Tenney, Peter J. Christopherson y Gilbert D. Greer) hacer nuevamente el intento entre los amerindios sonorenses y, si había oportunidad, también trabajarían entre los amerindios en Arizona. Había un gran fervor religioso entre los indios del oeste Americano, por lo que el Presidente Wilford Woodruff, quien sucedió a John Taylor, se sintió inspirado de volver a intentarlo en México. Los hermanos se esforzaron mucho en esta tarea pero, aunque los amerindios en México mostraban interés, inicialmente fue en el territorio de Arizona, y después en los de Utah y Idaho, donde los misioneros encontraron mucho éxito.

Ya con la motivación surgida del despertar espiritual de los lamanitas, los líderes de la Iglesia intensificaron los esfuerzos por llevarles el Evangelio, incrementando el número de misioneros entre los amerindios, incluso asignando a los apóstoles a encabezar el trabajo. Los santos enseñaron la agricultura a los nativos de los valles de Malad, Thistle, Ruby y Grass en Idaho y en Deep Creek, Nevada. En el Territorio de Utah, establecieron por lo menos una comunidad agrícola en Indianola. Establecieron el modelo de cultivo a un costado de las reservas de Wind River, Fort Hall y Umatilla, también crearon ramas de la Iglesia entre los amerindios y enviaron publicaciones oficiales alentando a los mormones angloamericanos a reflexionar sobre la importancia de las manifestaciones, visiones y bautismos de los lamanitas. Por último, los santos trataron de preparar a éstos, sus hermanos, para su llamamiento profético de construir un templo en la Nueva Jerusalén, al llevarlos a los templos de Utah donde recibieron el sagrado rito de la investidura. Miles se unieron a la Iglesia.



Hacia 1900: Casa de una familia mormona en Colonia Dublán.
Fotografía cortesía de orsonprattbrown.com

La misión que los colonizadores nunca podían olvidar

A pesar de este éxito la Iglesia se enfrentó con dificultades enormes en el centro de México y en Utah. En México, los miembros que habían regresado a sus hogares en el centro de México no estaban contentos con la tentativa de la colonización. En Utah, el gobierno federal de los EUA azuzó aún más su presión en contra de la Iglesia.

Para 1888, era tal la desilusión por mantener los esfuerzos de la Iglesia en el centro de México, que se consideró cerrar la misión. Dadas las presiones económicas en Utah y la lucha final de la Iglesia con el gobierno de EUA, finalmente así fue, por lo que en 1888 se relevó a un devastado Henry Eyring como presidente de misión para que regresara a la Colonia Juárez. Un mes más tarde, se canceló la misión india para Sonora, y finalmente el 3 de junio de 1889 todos los misioneros fueron retirados y la misión mexicana se cerró. Los 241 santos nativos del centro de México y los más de cuarenta miembros indios del norte en México, fueron dejados solos y se tuvieron que cuidar lo mejor que pudieron.

Con la presión del gobierno de los EUA, la Iglesia estaba ahora en bancarrota, sus líderes escondidos y su jerarquía amenazada con inminente destrucción. Después de algunos meses que los misioneros fueron retirados del centro de México el presidente Wilford Woodruff hizo público el Manifiesto de 1890. De allí en adelante, la Iglesia intentó reconstruirse, ocuparse de familias deshechas y posicionarse en un ambiente estadounidense hostil. Pero del trabajo de la Iglesia en México ya no quedaba nada.

No sabemos qué pasó con los miembros indios que se habían convertido en el norte. De la obra en el sur, se sabe que algunas ramas ubicadas en los alrededores de la Ciudad de México se deshicieron cuando sus miembros se dispersaron; otras formaron “sociedades religiosas independientes” y trataron de vivir de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia. Sin embargo, algunos permanecieron leales a la Iglesia durante los trece años que ésta no estuvo aquí (los élderes no regresaron hasta 1901).

No es poca cosa convertir a más de trescientas personas y después abandonarlas, ni tampoco es fácil ser convertido a una fe y ser abandonado. Pero a pesar del desánimo de los misioneros y la desilusión de los nuevos conversos, eran tales los problemas en Utah que los esfuerzos misionales en México tuvieron que esperar por un tiempo.



Edificio principal de la Academia de la Estaca Juárez. Se fundó en 1897 por colonos SCUD en Chihuahua
Fotografía cortesía de www.academijuaarez.org

Con todo esto, las colonias angloamericanas en el norte de México permanecieron intactas. Cuando comenzó el siglo veinte, los mormones angloamericanos en México eran una comunidad económicamente exitosa pero culturalmente aislada, una comunidad que no estaba segura de cuál era su misión ahora que los problemas políticos en Utah se habían aminorado y que sus esfuerzos misionales habían sido frustrados.

Pronto los colonizadores encontraron su respuesta: regresar a lo que hubiera sido de no ser por el gobierno de los Estados Unidos. Así que una vez más los santos empezaron a predicar entre los lamanitas. El presidente de la Estaca Juárez Anthony W. Ivins recordó las ramas que habían sido abandonadas alrededor de la Ciudad de México en 1889. ¿No debería la Iglesia volver a intentarlo? El año 1901 parecía un buen año para averiguarlo y los miembros de las colonias del norte nuevamente, y con entusiasmo, mandaron misioneros al sur.

Todavía habría tiempos de tribulación; llegó la Revolución de 1910 con sus diversos movimientos socialistas, liberales, anarquistas, populistas y agraristas así como la Guerra Cristera de 1926 a 1929 que ocasionaron el retiro de misioneros del centro de México. Sin embargo, cuando las condiciones lo permitían, los santos de las colonias seguían mandando al sur a sus hijos y a expertos administradores para favorecer la causa de la diseminación del Evangelio entre los mexicanos.

Los hijos de los colonizadores y sus descendientes, mexicanos por haber nacido en el territorio mexicano, bilingües y educados, completamente empapados en la fe mormona, moldeados por sus tribulaciones, han enviado cientos y cientos de misioneros, líderes eclesiásticos y administradores que han fundado escuelas de la Iglesia (incluso el famoso Centro Escolar Benemérito de las Américas), y han servido como presidentes de misión, presidentes de los templos y aun presidentes de Área México. En una base per cápita, o aun en términos globales, es poco probable que uno encuentre un pueblo que haya hecho tanto por la Iglesia como lo han hecho los mormones de las colonias angloamericanas de Chihuahua y Sonora. En un territorio donde ahora viven más de un millón de miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, un sentido de justicia y gratitud nos permite recordar la contribución que esta gente ha hecho con su esfuerzo tan extraordinario. ♦



II.- Anthony Woodward Ivins (1852-1934)



1862: Anthony W. Ivins,
a la edad de 10 años.
Utilizado con autorización,
Utah State Historical Society,
todos los derechos reservados.

El inagotable defensor de la Iglesia en México

Anthony W. Ivins fue un hombre en gran medida autodidacta, un misionero formidable, un administrador excelente y un gran defensor de los santos en México mucho tiempo antes de que se convirtiera en un apóstol y, después, en uno de los consejeros del presidente Heber J. Grant. Fue misionero y explorador de la Iglesia cuatro veces (tres en México y una en Nuevo México); asimismo fue un respetable hacendado y ganadero, hombre de negocios y político en el Territorio de Utah. Su bien conocida carrera a caballo con rifle en mano con la que cazaba animales salvajes para el sustento y para proteger sus rebaños de depredadores es anecdótica y cautivadora; de hecho, un espectador lo llamó el último de los “apóstoles vaqueros”.

Que él tuviera una vida plena podría sorprendernos, y con justa razón, al saber que Ivins también encontró el tiempo para ser lector y además escritor de por lo menos un libro y promotor de enseñanzas históricas y literarias. Cuando tenía veinte años fundó la Sociedad Histórica de St. George, y en la edad adulta editó por lo menos treinta y dos ejemplares de la revista *The Utah Genealogical and Historical Magazine*, y todo esto mientras que se convertía en abogado en forma autodidacta.

Buena parte de la reputación de Ivins como un legendario jinete fronterizo, ganadero, gran tirador, administrador y amante de la palabra escrita, estaba asociada con sus múltiples incursiones en México a favor de la Iglesia. El joven de veintitrés años, cuyos padres habían ayudado a colonizar el sur de Utah, hoy conocido como St. George, se unió a los otros seis hombres que habían respondido al llamado de Brigham Young en 1875 para ir a la primera expedición de la Iglesia a México y viajar más de 3,000 kms a caballo, en un período aproximado de diez meses, para ayudar a transportar 1,500 copias de fragmentos traducidos del Libro de Mormón (Trozos selectos del Libro de Mormón) a la ciudad de Chihuahua. A la vez, también buscaban un lugar donde los santos pudieran colonizar en caso de que los ataques políticos de las fuerzas federales de los Estados Unidos los obligaran a abandonar sus hogares en los territorios de Utah y Arizona; esas áreas aún no eran estados en la federación de Estados Unidos, ya que sólo veintisiete años antes, hasta 1848, todavía pertenecían a México, aunque se cedieron a E.U.A. por medio del tratado de Guadalupe Hidalgo. Mediante sus representantes republicanos, el gobierno de los Estados Unidos decidió ejercer su autoridad federal sobre las recién adquiridas tierras con mano dura en contra de los mormones que vivían allí.

En este viaje de Utah a Chihuahua en los años de 1875 a 1876, Anthony W. Ivins proveyó con alimentos de la naturaleza al equipo de misioneros para su sustento, también comenzó a escribir sus cartas finamente

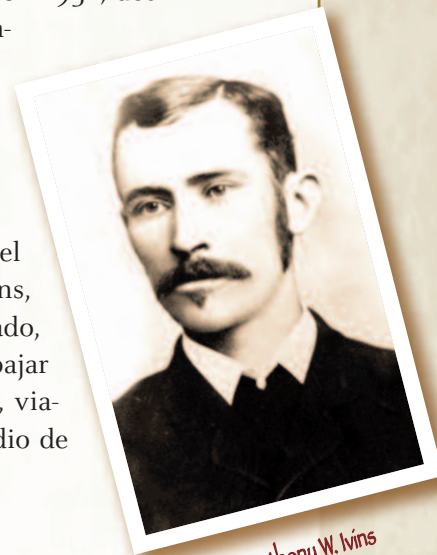
detalladas incluso sus libros de apuntes, agendas, diarios y cuadernos que cubrían desde 1875 hasta el invierno de su vida en 1932, dos años antes de morir de insuficiencia cardíaca congestiva a la edad de 82 años. Muchos de estos escritos se encuentran en más de ciento cincuenta carpetas en los archivos de la Sociedad Histórica del estado de Utah (Utah State Historical Society).

En 1877, un año después de regresar a casa en el sur de Utah de su primer misión a México, Ivins, junto con Erastus Beaman Snow, su futuro cuñado, fueron llamados a una misión de un año para trabajar entre los nativos americanos en Nuevo México, viajando a caballo por necesidad; lo cual era el medio de transporte preferido de Ivins.

Elizabeth y Anthony se casan

Al regresar de su misión a casa, “Tony” (como solían llamarle), no perdió el tiempo y convenció a su novia de la infancia -Elizabeth Ashby Snow- de casarse con él, lo que ocurrió en la casa de investiduras en Salt Lake City el 9 de noviembre de 1878. Es poco probable que Ivins hubiera hecho ese viaje de una semana de duración a caballo junto con su prometida (ya que no era usual que una joven mujer que estuviera a punto de casarse hiciera un viaje tan largo y arduo en esa manera), pero fue muy posible que Ivins llevara su caballo ensillado atado a la calesa que los transportaba a ellos y a sus familiares, quienes fungían como chaperones y los acompañaban a su boda. Tony tenía veintiséis años; Elizabeth veinticuatro.

Tal como era costumbre en esa época, Anthony y Elizabeth pronto comenzaron su familia de nueve hijos; el primero, que también se llamaba Anthony W., nació en 1879, pero murió de neumonía en febrero del año siguiente; el segundo, Antoine R., quien ya como adulto también pasó mucho tiempo en México y posteriormente se convirtió en miembro del Primer Quórum de los Setenta de la Iglesia, nació en mayo de 1881; Anna L. (llamada así en honor de la madre de Anthony) nació enseguida; sin embargo, era poco probable que Ivins estuviera allí para su nacimiento, ya que había sido llamado a otra misión (la tercera); esta vez en el corazón del centro de México, donde llegó en 1882. Seguramente nos maravillamos con Elizabeth, quien sacrificó sus propias necesidades al apoyar la obra y estar de acuerdo en que enviaran a su joven esposo a otra misión al servicio del Señor.



1878: Anthony W. Ivins a la edad de 26 años, el año en que se casó con Elizabeth Ashby Snow. Utilizado con autorización, Utah State Historical Society, todos los derechos reservados.



1880: Elizabeth Ashby Snow Ivins probablemente con su primer hijo que muriera de neumonía dentro de unos meses. Utilizado con autorización, Utah State Historical Society, todos los derechos reservados.

Otra misión a México

Indudablemente, no fue fácil para Ivins dejar a su pequeña familia en la cabaña cerca de St. George bajo el cuidado de su suegra (Elizabeth Rebecca Ashby Snow), en parte porque su partida pudiera parecer negligente. Sin embargo, Anthony y Elizabeth estaban de acuerdo en que la misión era tan importante que sus propios sacrificios no importaban.

Antes de darle el amargo adiós a su esposa embarazada y a su pequeño de un año, Ivins renunció a su cargo de fiscal electo del condado de Washington y como miembro del ayuntamiento de la ciudad de St. George. El joven marido de treinta años también fue relevado como miembro del sumo consejo de Estaca de St. George.

Un año después de su llegada a México, Ivins fue apartado como presidente de misión tomando el lugar de H. F. Wilcken, un inmigrante europeo instruido en el idioma español y quien se había esforzado mucho por traducir literatura de la Iglesia para que se la utilizara en México. Wilcken había sido el sucesor del apóstol Moses Thatcher, e Ivins, quien tenía habilidades notables con el español, pudo continuar desarrollando un papel de importante liderazgo en la misión mexicana.

Como presidente, Ivins puso en marcha una decisión que para entonces era radical, pero que actualmente es muy común, al otorgar las principales posiciones de liderazgo a los santos locales. Él razonó que si la Iglesia iba a crecer en México no podía depender solamente de que los misioneros extranjeros fueran los líderes de las ramas. Los miembros mexicanos, quienes por ser de la misma población local se convertirían en pastores estables y duraderos, si no es que mejores, que guiarían las ramas y distritos en el futuro. De esta manera, durante la administración de Ivins “se animó a un buen número de élderes nativos a prestar servicio, y la obra de predicar el Evangelio y compartir la verdad fue impulsada en forma vigorosa”. Entre esos misioneros se encontraban Lino Zárate, Julián Rojas y el élder Candanosa. Más personas se unieron a la Iglesia.

Ivins reanuda su actividad ganadera y vida cívica

Después de esta misión (la segunda en México en un poco más de ocho años), en 1884 Ivins, que para entonces ya tenía treinta y dos años, regresó a su casa en St. George, Utah para un feliz reencuentro con su esposa Elizabeth, su hijo de cuatro años Antoine R., y su hija de casi dos años de edad que probablemente nunca había visto antes.



Hacia 1900: La residencia de Anthony W. Ivins en St. George, Utah. Utilizado con autorización, Utah State Historical Society, todos los derechos reservados.



1900: Anthony W. Ivins, a la edad de hacía 48 años como presidente de la Estaca Juárez, México. Utilizado con autorización, Utah State Historical Society, todos los derechos reservados.

Ivins se dispuso de inmediato a hacer lo que de otra manera le habría tomado mucho tiempo más allá de su vida personal y familiar: activarse en la política nuevamente, organizando el Sagebrush Democrats en un esfuerzo por alejar la política local que consistía de partidos mormones y partidos antimormones luchando los unos con los otros, hacia afiliaciones con emergentes líneas nacionales. Adquirió ganado y tierras de pastoreo y se convirtió en copropietario de la compañía Kaibab Cattle Company, así como director del Mojave Land and Cattle Company, una sociedad anónima (éstas eran las dos compañías más grandes de lo que en ese entonces era conocido como la Franja de Arizona -Arizona Strip- al sur de St. George). Los pioneros mormones dirigidos por Jacob Hamblin fueron los primeros en asentarse en la Franja de Arizona; en ese tiempo era un paraíso ganadero con grandes extensiones cubiertas de hierba en los valles y suficiente forraje verde hasta arriba de la meseta de Kaibab. Ivins comenzó a prosperar económicamente mientras su familia continuaba creciendo y desarrollándose, tanto en el plano académico como en el campo espiritual.

Ivins siguió con sus intereses en historia y actuación por medio de su afiliación con la Sociedad Histórica de St. George y compañías de actuación locales. Las personas caminaban o viajaban muchos kilómetros para participar y presenciar las obras de teatro de la región, tal como lo hacían en todos los asentamientos de la Iglesia en los territorios de Utah y Arizona.

Además de todo lo anterior, Ivins protegía y se hacía amigo de los nativos americanos que se encontraban dentro de su jurisdicción en cualquier lugar; de hecho, en 1932, dos años antes de que muriera, los indios del sur de Utah le mandaron un mensaje en elegantes abalorios (cuentecillas, lentejuelas) de un chaleco de cuero que decía: Tony Ivins no engaña ("Tony Ivins he no cheat").

En St. George y la Franja de Arizona, Ivins siguió cuidando de su creciente familia y prosperando política y económicamente; para 1895 tenía una posición acomodada y los Sagebrush Democrats estaban listos para ofrecerle la candidatura al gobernador de Utah. Para entonces tenía cuarenta y tres años.

La carta del presidente Woodruff

Una carta del presidente Wilford Woodruff interrumpió todos sus planes y cambió el curso de su vida: había problemas en las colonias mormonas de los estados mexicanos de Chiapas y Sonora: ¿Le importaría aceptar un llamamiento como presidente de la recién formada Estaca Juárez y mudarse a México con su familia?



Elizabeth Ashby Snow Ivins.
Utilizado con autorización, Utah
State Historical Society, todos los
derechos reservados.

Ivins estaba naturalmente renuente a hacer tal cambio: tenía su ganadería y otros intereses de negocios en St. George y la Franja de Arizona; tenía un futuro prometedor en la política, lo cual le importaba mucho; su familia estaba cómodamente asentada en St. George y a sus hijos les iba bien en la escuela; sentía un afecto especial por las personas de St. George y por las comunidades indígenas aledañas; sus ancianos padres padecían una pobre condición de salud y necesitaban ayuda; el cambio llevaría a su familia y a él a pérdidas económicas considerables y privaciones personales. No obstante, un poco después y lleno de fe, escribió: “de inmediato comencé con los preparativos para vender mis propiedades e ir a México”. El registro no nos indica lo que su esposa e hijos pensaban de esto, pero se fueron con él.

Durante los siguientes doce años Ivins fungió como presidente de la Estaca Juárez, vicepresidente y director general de la Compañía de Agricultura y Colonización Mexicana, la entidad original de posesión de tierras para las propiedades de las múltiples colonias mormonas en Chihuahua y Sonora. En estos puestos tomaba, si bien no la última palabra, sí las decisiones de primordial importancia en la vida religiosa, económica y política de las colonias. Los mormones en el norte de México prosperaron bajo su atento cuidado. ciertamente las decisiones de primordial importancia en la vida religiosa, económica y política de las colonias. Los mormones en el norte de México prosperaron bajo su atento cuidado.

Dentro de los cinco años siguientes a la creación de la Estaca Juárez, el presidente Ivins había logrado gran parte de lo que el recién fallecido presidente Wilford Woodruff lo había llamado a hacer. Para 1901 también había diseñado exitosamente un plan para volver a abrazar a los santos en la Ciudad de México y sus alrededores, que habían sido abandonados por los misioneros norteamericanos y por doce años habían quedado sin nadie de Salt Lake City que los guiara. Después de varias presentaciones del asunto a las autoridades de la Iglesia, en 1901 aceptaron llevar a cabo el plan de rescate. De acuerdo con la jurisdicción de Ivins como presidente de la Estaca Juárez, Ammon M. Tenney, que había estado con Ivins en la primera parte de su misión a México en 1876, iría a servir una misión en el centro de este país para ver lo que se podía hacer.

Reapertura de la misión Mexicana en 1901

La Iglesia le dio gran importancia a la misión de Tenney, justo como lo había hecho antes en 1879 cuando el apóstol Moses Thatcher dirigió la presencia oficial de la Iglesia en la Ciudad de México y sus alrededores; por esta razón, el apóstol John Henry Smith y el presidente Anthony W. Ivins fueron asignados a acompañar a Ammon Tenney a la Ciudad de México para investigar el estado de la Iglesia después de la prolongada ausencia de la misma que las dificultades políticas con el gobierno federal

de los Estados Unidos en Utah y Arizona habían ocasionado. El presidente Ivins, luego de haber predicado el Evangelio en la parte central de México de 1882 a 1884 y habiendo sido presidente de misión el último año, estaba ansioso de ver a sus viejos amigos y conocidos.

Los misioneros pasaron algunas semanas hablando con los miembros, visitando al presidente Porfirio Díaz y examinando el ambiente político para la Iglesia en México; se animaron cuando el Presidente Díaz le pidió al apóstol Smith darle un afectuoso saludo de su parte al presidente Lorenzo Snow y, por otro lado, felicitar a Ivins por su dominio de la lengua española. Fue una visita memorable y tan impresionante para los colonos de Chihuahua que por lo menos una familia le puso el nombre del presidente mexicano a uno de sus hijos (Thomas Patrick Porfirio Díaz Brown, 1907-1978). Posteriormente, Ammon M. Tenney pasó el siguiente año buscando antiguos miembros, organizando ramas, predicando el Evangelio y bautizando a nuevos conversos.

Como apóstol, Ivins mantiene su interés en México

A un después de que Ivins dejó México en 1907 para aceptar el llamamiento de ser un miembro del Quórum de los Doce Apóstoles y posteriormente, en 1921, de consejero del presidente Heber J. Grant, mantuvo un interés constante, no sólo en las colonias de Chihuahua y Sonora (mismas que había guiado a una duradera prosperidad hasta que la guerra civil -Revolución Mexicana- obligó a la mayoría de los colonos angloamericanos a salir en 1912) sino también en los santos del centro de México.

El tener un defensor tan vigoroso y competente en los más altos consejos de la Iglesia era una buena señal para la Iglesia en México. Debido a su misión de 1876 para traer los Trozos selectos del Libro de Mormón a México, su gira como misionero y presidente de misión de 1882 a 1884, su presidencia de la Estaca Juárez de 1895-1907, pero especialmente por sus iniciativas en 1901 para reabrir la misión mexicana y por mantenerse después de más de treinta años como defensor de los santos en México, los miembros de aquí lo han llamado, y con justa razón: un amigo fiel.

Anthony W. Ivins era un hombre de gran talento, energía y habilidades naturales; de haber seguido con sus intereses terrenales toda la vida, no hay duda de que se habría convertido en un hombre rico. De haber continuado con su interés en la política, hay poco escepticismo (puesto que él era tan popular y sin malicia) de que hubiera contribuido mucho a mejorar la política en Utah y, posiblemente, a nivel nacional. De haber seguido su interés en la actuación y la inclinación por la historia, bien pudo haberse convertido en un destacado historiador, aunque quizá no uno rico. Sin

embargo, el llamamiento del Señor llevó a Ivins por otro camino. Con la dedicación de su enorme talento y energía en la obra del Señor, se hizo rico en dar servicio en lugar de amontonar las riquezas del mundo; y por lo tanto afectó, para bien, la vida de cientos de miles de personas, incluyendo de manera especial a los santos de México.

Anthony W. Ivins se convirtió en un gran ejemplo que muchos santos mexicanos consideran digno de emular, tal como dice la escritura: Iré y haré lo que el Señor ha mandado (1 Nefi 3:7). Grandes Santos de los Últimos Días lo hacen. Casi sin dudar un instante, Anthony W. Ivins aceptó los mandamientos del Señor. Sin tan sólo una queja registrada, Elizabeth lo apoyó en sus llamamientos y en el trabajo de su vida. Para avanzar la obra del Señor Jesucristo aquí en este país, Anthony y Elizabeth fueron una maravillosa pareja mormona para la época en que vivían. ♦

III.- Escrituras y citas complementarias

Élder F. LaMond Tullis y
Hermana Eileen Tullis
Misioneros

El élder y hermana Tullis, se encuentran en México sirviendo en una misión -interesante, importante y con una enorme contribución a la obra del Señor- logrando con su servicio más de lo esperado. Son originarios de Estados Unidos, y cuentan con seis meses como misioneros.

Élder F. LaMond Tullis es el autor del libro: "Mormons in Mexico" ("Mormones en México" 1987, Utah State University Press) anteriormente trabajaba como profesor en la Universidad de Brigham Young en la facultad de Ciencias Políticas, y su carrera ha incluido estudios de la historia de la Iglesia en varios países de Latinoamérica.

Ahora, continúa en México su obra de amor, registrando y publicando relatos inspirados de miembros y de sus antepasados.

¿Por qué es importante llevar registros, reunir, preservar, y conocer la historia de la Iglesia?

- Es un mandamiento: "He aquí, se llevará entre vosotros una historia." (D&C 21:1)
- Brindan una perspectiva eterna "Los recuerdos del pasado nos dan la debida perspectiva como hijos de Dios para tener fe en nuestro destino futuro y, por eso, para vivir en el presente con mayor fidelidad." (Elder Marlin K. Jensen, Liahona, diciembre de 2007, págs. 26-31).
- Aumentan la gratitud hacia Dios: Veremos la mano de Dios en nuestra vida y reconoceremos Su bondad; Recordaremos al Señor; Crecerá nuestro testimonio; Aumentará nuestra gratitud; Aumentará nuestra confianza en que el Espíritu Santo puede ayudarnos a recordar; Podemos evitar la tentación asociada a la prosperidad de olvidarnos de Dios (Presidente Henry B. Eyring, Liahona, noviembre de 2007, págs. 66-69).
- La Experiencia de los ancianos: "Y hasta aquí ha sido según la sabiduría de Dios que estas cosas [registros] sean preservadas; pues he aquí, han ensanchado la memoria de este pueblo, sí, y han convencido a muchos del error de sus caminos, y los han traído al conocimiento de su Dios para la salvación de sus almas" (Alma 37:8).
- El Presidente Thomas S. Monson: "Nos beneficiamos de lo que nuestros padres han hecho por nosotros, y tenemos el privilegio, gracias a los registros que se mantendrán... de proporcionar un legado para aquellos que nos sigan" (véase en R. Scott Lloyd, "New Library for Sacred History", Church News, 15 de octubre de 2005).

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Historia de la Iglesia de Área México

